El corredor de fondo

Patricia Nell Warren



El corredor de fondo es casi sin ninguna duda la más famosa, aclamada y exitosa historia de amor gay de todos los tiempos. Surgida tras el encuentro de Patricia Nell Warren con un atleta gay, la autora ha sabido captar la complejidad y tortuosidad de las relaciones homosexuales, enfrentadas y obstaculizadas por una sociedad poco dada a conceder un cuestionamiento o ruptura de sus estructuras.

Harlam Brown, estricto entrenador de atletismo, y Billy Sive, atleta gay, serán los dos protagonistas y héroes de esta historia, que deben llevar a cabo su particular carrera contra los prejuicios y la incomprensión de los que les rodean, para poder no sólo llevar a cabo su amor sino también la participación en los Juegos Olímpicos de 1976. Traducida a nueve lenguas y con más de diez millones de ejemplares vendidos, *El corredor…* trasciende el simple fenómeno de masas para convertirse en todo un ejercicio de vindicación a través de la prosa.

Dedicado a todos los atletas que han luchado por los derechos humanos en el mundo del deporte, y al joven corredor gay
—al que conocí en una fiesta— que me proporcionó la idea de escribir este libro

P.N.W.

Introducción

Patricia Nell Warren, que cuenta con veinte millones de lectores, tal vez no necesite introducción. Sin embargo, quizá sea apropiado incluir aquí algunos comentarios para todos aquellos que se hayan acercado a la comunidad gay mucho después de que se publicara la novela de esta escritora que ha marcado un hito.

Hace veinte años, cuando leí *The Front Runner* —tenía veinte años entonces—, no existía motivo alguno para creer que su autora y yo llegaríamos un día a formar parte de la misma empresa editorial. No existía motivo alguno para pensar que ella despertaría mi conciencia personal por lo que respecta a la Madre Tierra y suscitaría mi indignación ante la discriminación que sufren las mujeres en la sociedad y también en el seno de nuestra comunidad gay. De la misma forma, tampoco existía motivo alguno para pensar que se convertiría en mi guía y mentora en esta ardua y estimulante aventura que es el mundo literario. Hace veinte años, como Harlan Brown, yo era un entrenador conservador y homófobo que ocultaba un oscuro secreto. Igual que tantos otros jóvenes gays que palpaban la oscuridad en busca de un interruptor que iluminara el interior de su armario, leí absolutamente fascinado su novela sobre la historia de amor sincero entre un entrenador de atletismo y un atleta que se preparaba para los Juegos Olímpicos. Y lloré, no por la tragedia que sufren esos dos iconos literarios gays, sino por los ideales y principios que ambos representan. Esos mismos ideales que, hasta el día de hoy, tanto la sociedad como nosotros mismos negamos a los hombres y

mujeres homosexuales. Hace veinte años, *The Front Runner* se convirtió en un éxito de ventas aplaudido internacionalmente, recibió los elogios más distinguidos, ganó un prestigioso premio literario gay y cautivó los corazones de hombres y mujeres homosexuales de todo el mundo.

No hace mucho, pasé todo un fin de semana leyendo los cientos de cartas que le han enviado sus lectores a lo largo de todos estos años. Son cartas llenas de afecto, llenas de admiración por su valentía al escribir lo que nadie había dicho jamás sobre los gays: Patricia Nell Warren escribió que somos merecedores de respeto y amor, y que tenemos orgullo. Conserva todas las cartas, escrupulosamente ordenadas por mes y año, y anota en cada una la fecha de su respuesta.

Cuando acompaño a Patricia Nell Warren en sus poco frecuentes giras literarias, escucho los testimonios sinceros de sus lectores. «Ya sé que ha oído esta historia miles de veces», le dicen muy a menudo con lágrimas en los ojos, «pero su libro cambió mi vida.»

«No he oído *su* historia», contesta ella humildemente. «Por favor, cuéntemela.» Cada experiencia es única e irrepetible, profundamente personal, pero el miedo y los prejuicios son los hilos comunes que tejen ese intrincado tapiz formado por sus lectores. Es una tela hecha de sufrimiento y soledad. Sin embargo, gracias a la luz que aportan sus libros, el resultado es siempre un diseño de incomparable belleza y gran resistencia.

Veinte años después, se han publicado numerosas ediciones de *The Front Runner*, se han vendido aproximadamente diez millones de copias y se ha traducido a siete idiomas. Tiene el dudoso mérito de ser, quizás, la más famosa de las películas jamás filmadas. En estos momentos, se está preparando una producción teatral.

Veinte años después, esta mediofondista pionera en la corriente de la toma de conciencia sigue siendo una de las novelas gays más vendidas y muchos la consideran la mejor

novela sobre amor gay jamás escrita. Veinte años después, algunos de aquellos primeros lectores se han convertido por propio derecho en héroes y heroínas homosexuales a quienes a menudo encontramos en nuestros viajes promocionales. Me sigue emocionando ver a los pilares de la comunidad gay, a destacadas figuras literarias y a famosos activistas surgir entre la multitud, estrechar cálidamente la mano de Patricia Nell Warren y declarar, en ese tono ferviente que me resulta tan familiar: «Su libro cambió mi vida». Veinte años después, *The Front Runner* es mucho más que un hito o un indicativo kilométrico en el largo y tortuoso camino hacia el progreso de hombres y mujeres homosexuales. Se ha convertido en un símbolo de nuestra capacidad colectiva e individual para edificar nuestra comunidad y para vencer a nuestros ignorantes y malvados adversarios. Veinte años después, han surgido nuevos enemigos que sustituyen a los que ya habíamos derrotado, detractores recientes que están decididos a enviarnos de vuelta a nuestro armario de opresión. *The Front. Runner*, sin embargo, sigue ahí, junto a una nueva generación de lectores que encuentran en esta historia memorable la misma fuerza y la misma valentía que yo y otros muchos encontramos.

Patricia Nell Warren ha escrito la historia de amor gay más ejemplar de todos los tiempos y ha llevado la luz a las vidas de millones de hombres y mujeres homosexuales a quienes hicieron creer que no eran dignos de amarse a sí mismos ni de amar a otros. Nos ha ayudado a creer que podemos adelantar a nuestros rivales en la carrera de la intolerancia y abrazarlos efusivamente en la meta. Nos ha ayudado a creer que todos y cada uno de nosotros podemos partir como favoritos en la lucha por la igualdad social y vencer en los grandes Juegos Olímpicos de la Humanidad.

Felicidades, mí querida amiga, y, de parte de millones de lectores de todo el mundo, gracias por tu extraordinaria obra literaria y, concretamente, por esta inolvidable novela.

En el vigésimo aniversario de *The Front Runner*, nuestros hermanos y hermanas caídos ceden la antorcha de la aceptación y el entendimiento a aquellos que la llevarán hasta el nuevo siglo y, esperamos, hasta un mundo más progresista.

Tyler St. Mark
Wildcat Press

Prólogo de la autora

En la primavera de 1994, mi amigo Gene tenía 38 años y llevaba desde los 30 luchando contra los síntomas activos del sida. De repente, decidió que se había cansado de estar enfermo.

Fuimos a comer juntos por última vez, en su destartalado Cadillac descapotable de color azul cielo, y estuvimos sentados durante horas en su café favorito de Sunset Boulevard. De allí pasamos a sentarnos en su cama del hospital: yo le daba masajes en los pies y le ayudaba a desenredar los tubos de suero. Por último, volvió a su casa, puesto que allí quería morir, y se rodeó de sus amigos para pasar entre risas y charlas sus últimas tardes. Su habitación estaba prácticamente vacía, porque había regalado todas sus posesiones: no quedaba nada más que la luz del sol, la música de su radiocasete y su ánimo, más y más fuerte a medida que su cuerpo se marchitaba. Reflexionaba a fondo sobre su vida y la pesaba tal y como hemos visto representado en el arte funerario del antiguo Egipto: el corazón humano descansaba en uno de los platillos de aquella formidable balanza que sostenía la diosa Maat[1], en perfecto equilibrio con Su única pluma, símbolo de las leyes de la Vida.

A Gene aún le quedaban unas cuantas cosas por decir respecto a la lectura de mi novela *The Front Runner*. Ya me había contado que tenía 17 años cuando la leyó por primera vez y que había visto reflejada su propia naturaleza en mi historia de dos hombres que luchan por encontrar la dignidad más elevada en el amor que sienten el uno por el otro. Iba más o menos por la mitad del libro cuando, una noche,

Gene decidió actuar por primera vez según aquella nueva visión de sí mismo. Después, sin embargo, creyó que lo habían tratado con demasiada brusquedad y aquel adolescente, solo en la habitación de un motel, se pasó el resto de la noche llorando. Entre ataque y ataque de llanto, Gene terminó de leer el libro. A la mañana siguiente, se tranquilizó y abandonó el motel, dispuesto a luchar por aquella visión de sí mismo.

Mientras escuchaba a mi amigo, me descubrí a mí misma analizando la forma en que mi karma afectaba a mis lectores. En esta era electrónica que vivimos, cuando la impresión en tinta es una técnica supuestamente obsoleta, una sencilla novela es aún capaz de provocar un tremendo impacto. En los veinte años que hace que se publicó este libro, millones de personas que hablan siete idiomas distintos han leído *The Front Runner*. Gays y lesbianas me cuentan, en persona o por carta, lo mucho que les ayudó esta novela a aceptar su naturaleza homosexual.

Gene se había convertido en un modelo internacionalmente admirado: atlético, más de metro ochenta de estatura y tan atractivo que, al entrar en una habitación llena de hombres, provocaba un silencio reverencial. Gene no era, sin embargo, ningún tontorrón con la cabeza hueca. Era un teórico *queer*[2] y un escritor con un archivo lleno de poemas y ensayos sin publicar.

Y ahora, en su rostro demacrado, sus ojos hundidos seguían desprendiendo una misteriosa belleza tras sus largas pestañas. Era el chico ideal para un póster de la Muerte. Era, también, mi hijo kármico, que había vuelto a casa para contarme su largo viaje y morir en mis brazos. A pesar de todo, no se auto compadecía. Durante aquellas últimas tardes, compartimos todas y cada una de sus reflexiones. Me entregó sus escritos no publicados, me pidió que lo recordara en mi obra, especialmente para los más jóvenes, y yo empecé a ver de qué forma su vida había afectado el equilibrio de la mía en la balanza de la diosa Maat en mi res-

ponsabilidad hacia él, hacia todos los seres humanos y hacia el planeta en el que vivo.

Es una pregunta que asusta: ¿de qué forma afecta a los demás lo que hacemos? A veces, se trata de algo imprevisto: un excursionista enciende un fuego para entrar en calor y las llamas provocan un incendio forestal que destruye medio municipio y medio centenar de hogares. A menudo, sin embargo, nuestros actos son deliberados: un predicador fundamentalista sabe que su discurso exaltado provocará una reacción en cadena como resultado de la cual un chico gay o una chica lesbiana recibirán una paliza en el pasillo de cualquier escuela.

La línea que separa la responsabilidad de la culpabilidad es muy delicada y nuestra cultura vive en el lado de la culpabilidad. A menudo, la vida social de nuestra nación ha sido descrita por los observadores como una vasta y frágil tela de araña de culpabilidades entrecruzadas. «El diablo me impulsó a hacerlo» es la forma en que mucha gente justifica su culpabilidad. Otros la expresan así: «Mis padres tienen la culpa». O así: «¿Por qué no se esfuerza más el gobierno?».

Aun así, hay quienes consideran que es más digno elegir el propio destino que actuar programados por el diablo. Prefieren ser directamente responsables de sus vidas. Yo formo parte de estos últimos… Prefiero ser responsable, y no culpable, de lo que sucede en mi mundo. La responsabilidad comprende un poder renovador de cambio y curación, mientras que la culpabilidad es un cementerio helado: lo hecho, hecho está. Mi decisión de llevar una camisa de algodón podría hacerme sentir tremendamente culpable, por la forma en que la industria agropecuaria cultiva el algodón, que hace que los trabajadores enfermen en campos anegados de pesticidas. En los noventa no hay prácticamente ninguna prenda de vestir no contaminante, excepto —tal vez— una falda hecha de hierba. Paradójicamente, aunque lleve una camisa de algodón puedo hacerme res-

ponsable de ello. Puedo luchar por un planeta más limpio. En la balanza que sostiene la diosa Maat, mi lucha encontrará, en cierta manera, un equilibrio con Su pluma.

La decisión de un escritor de publicar un libro sobre la vida homosexual teje una vasta red viviente de responsabilidades entre todos los lectores de ese escritor. Muchos lectores me han contado que gracias a mí encontraron a sus amantes y perdieron a sus amantes, encontraron y perdieron sus trayectorias profesionales, perdieron y encontraron a sus familias. Ni yo ni ningún otro escritor homosexual de los años setenta podía saber entonces que un gran número de personas morirían de forma masiva a causa de una enfermedad que se dio a conocer como AIDS en inglés, sida en español o *slim*[3] en Nigeria. Teníamos la obligación de saber, sin embargo, que nuestros lectores podían verse envueltos en experiencias igualmente intensas y extremas. Después de todo, los hombres y las mujeres homosexuales ya habían vivido otras experiencias extremas: cárcel, internamientos forzosos, tratamientos de electroshock, pérdida de la custodia de los hijos, ostracismo social, intentos de suicidio, alcoholismo, corazones rotos…

Se trata de una cuestión delicada. Atrapada entre los conceptos de diablo y destino, nuestra cultura agoniza sin remedio. ¿El productor de una película violenta «hace» que nos matemos unos a otros? ¿El escritor de ficción homosexual o de ficción heterosexual liberal «hace» que la gente se contagie del sida? Mientras los legisladores estadounidenses debaten estas cuestiones —algunos de ellos quieren prohibir las películas violentas, otros quieren meter entre rejas a los seropositivos—, los escritores seguimos escribiendo libros, como hemos hecho durante siglos. Un libro puede impulsar a alguien a caer tan bajo como puede caer un ser humano, pero ese mismo libro también puede inspirar el más noble de los destinos.

Así pues, ésa es una de las leyes de la Vida: que los libros, los cuadros, la música y las películas afectan las vidas

de las personas. Sé que eso es cierto, y lo sé por las lecturas que me afectaron profundamente durante mi adolescencia, en la década de los cincuenta. ¿Fueron aquellos libros los que convirtieron a una ingenua chica de pueblo en una lesbiana? No. Lo único que hicieron fue ayudarme a darme cuenta de mi propia naturaleza…, ayudarme a encontrar mi propia estrella polar en el cielo nocturno del destino. La cuestión es que nadie más que yo pilotaba mi barco.

En resumen, las personas creativas tenemos un alcance enorme y una responsabilidad enorme por los símbolos que imprimimos, pintamos y grabamos en CD y en cintas de vídeo.

Algunos meses después de la muerte de Gene, su hermana creyó llegado el momento de esparcir sus cenizas. A última hora de la tarde, desde lo alto de un acantilado sobre el océano, contemplé el último resplandor del día y escuché las canciones que cantaban los pájaros en el chaparral recalentado por el sol. Lancé al aire el primer puñado de cenizas. El tacto era suave entre mis dedos, como arena del desierto y polvo. Unos cuantos fragmentos de hueso cayeron como lluvia por la pendiente, sobre unas matas de salvia en flor, pero el polvo permaneció en el aire. El cuerpo de un hombre de metro ochenta de estatura era en ese momento tan ligero como la pluma de Maat.

Incluso entonces, desde donde quiera que estuviera su espíritu entre las estrellas o desde cualquiera que fuese su nueva vida en la Tierra —un bebé indefenso que crecía para asumir nuevos desafíos, tal vez para terminar el libro que jamás terminó y que quizá se convertiría en mi salvavidas la próxima vez—, mi querido amigo se las ingenió para darme un último beso, pues su polvo desvió el rumbo y rozó mi mejilla.

Patricia Nell Warren
Febrero de 1995

Uno

Sé con exactitud qué día empezó todo. Era el 10 de diciembre de 1974. Aquel día conocí a Billy Sive y él me pidió que lo entrenara. Una fuerte nevada había cubierto la noche anterior el estado de Nueva York. Hacia las ocho de aquella mañana, desayuné como de costumbre en el comedor de la universidad y después, silbando alegremente, me dirigí hacia el edificio de las instalaciones deportivas. El sol ya había salido y el paisaje blanco del campus me deslumbró. Pasé junto a los estudiantes que estaban apartando la nieve con palas.

—Hola —les dije, y sonreí. No tenía ni idea de lo mucho que mi vida estaba a punto de cambiar.

—Hola, señor Brown —respondieron ellos, y me devolvieron la sonrisa.

Cuando llegué a mi despacho, me encontré al presidente y fundador del Prescott College, Joseph A. Prescott, que me esperaba junto a la puerta cerrada con llave. Vestía una chaqueta de piel de borrego y llevaba su habitual y voluminoso maletín lleno de papeles, además de dos tazas humeantes, una de café y otra de té. Cuando Joe aparece a primera hora de la mañana, como aquel día, sé que ocurre algo.

—Toma, para que entres en calor —me dijo, dándome la taza de té.

Entramos en el despacho. Joe, vestido con un traje marrón, se desprendió de su abrigo de piel de borrego y acomodó su desgarbado cuerpo en el destartalado sillón de roble que había junto a mi escritorio. Yo, envuelto en una

parka, acomodé mi desgarbada constitución en la chirriante silla giratoria de mi escritorio. La mesa estaba muy ordenada, pero los objetos se acumulaban sobre ella: trabajos de estudiantes, solicitudes de inscripción para competiciones atléticas, revistas de atletismo… En la pared de cemento había un enorme tablón de anuncios con horarios y algunas fotografías enmarcadas: yo veinte años atrás, vestido con el uniforme de la Marina; yo cuando era corredor de la milla en Villanova; algunos corredores a los que había entrenado… Había también una gran estantería llena de libros sobre deporte.

—¿Qué pasa, Joe? —le pregunté, entre sorbo y sorbo.

Joe encendió un cigarrillo y se enfrentó audazmente a mi entrecejo fruncido.

—Harlan —dijo—, ¿has oído lo de esos tres chicos que expulsaron de Oregón?

Asentí. La prensa especializada en atletismo había hablado mucho del tema. Hoy en día, a los chicos se les expulsa a menudo de los equipos de atletismo de las universidades.

La revolución juvenil ha llegado también al atletismo: los entrenadores estrictos y sus corredores se enfrentan en batallas eternas sobre salidas nocturnas, cortes de pelo, sexo, drogas, etc. Yo también había librado algunas de esas batallas. La Universidad de Oregón, sin embargo, el Jerusalén del atletismo estadounidense, se había deshecho de tres de sus mejores corredores de último curso, y eso era algo muy distinto. «Motivos disciplinarios», había aducido el entrenador jefe Gus Lindquist, pero no había especificado más. Todo el mundo se había quedado perplejo ante el ardor bíblico de la ira de Lindquist.

—¿Qué sabes de esos chicos? —me preguntó Joe.

—No mucho, Joe —dije—. Ni siquiera los he visto correr.

A Joe le brillaron malévolamente los ojos.

—¿Qué te parecería si te dijera que han pedido el traslado aquí?

Dejé lentamente mi taza de té. No podía creer lo que acababa de oír y, durante unos instantes, fui incapaz de hablar. No había entrenado a superestrellas como aquellos tres chicos desde que me habían despedido, hacía seis años, de mi puesto de entrenador en Penn State. En este campus contaba con un grupo de buenos chicos que no lo hacían mal pero que, en resumen, no dejaban de ser corredores normalitos de las universidades del este. Las superestrellas no irían ni en broma a una universidad como Prescott, porque todos querían correr por Oregón, Villanova, UCLA[4].

—Bueno —dije—, no estoy muy seguro de querer para mí los quebraderos de cabeza de Lindquist.

—Los chicos aseguran que se les ha tratado injustamente. Nadie se ha molestado en escuchar su versión de la historia y quieren contártela a ti. Tanto ellos como yo estamos de acuerdo en que la decisión es sólo tuya.

—¿Quieres decir que están *aquí*?

Joe estaba representando en aquel momento el número cómico del fumador: buscó automáticamente un cenicero, no lo encontró, sacudió la ceniza en la palma de la mano y finalmente la dejó caer en la papelera vacía.

—Se presentaron anoche en plena nevada y llamaron a mi puerta —dijo—. Marian los instaló en el estudio. Han venido en autostop desde Oregón y se han comido todo lo que teníamos en casa.

Cada vez estaba más sorprendido. Parecía un acto bastante desesperado. Los imaginé a los tres, medio congelados en la autopista, perdidos en alguna parte de Dakota, con los pulgares extendidos y un cartel escrito a mano que decía «Nueva York».

—Pero… ¿por qué aquí? Quiero decir… hay equipos de primera línea con entrenadores tolerantes que no los dejarían escapar.